



Quando conocí a Neruda

Por RICARDO BOIZARD (Picotón)

DE la caída de Ibáñez, el 26 de julio de 1931, nuestro país vivió una de las épocas más tempestuosas de su historia. El Gobierno de don Juan Esteban Montero sufrió ese viento de conspiraciones y revueltas que desatan las ambiciones conspirativas por un lado y las corrientes ideológicas, por el otro.

Fue el tiempo de la sublevación de la marinería en Coquimbo, el tiempo de las acochanchas estériles del ibatismo, el tiempo de la revolución socialista de don Marinsuqueo Grever; por último, la resonancia del Ejército cruzado de ser el instrumento de los políticos y el llamado a elecciones presidenciales y parlamentarias en octubre de 1932.

El viejo León de Tarapacá llegaba de nuevo a la Norcia, pero su labor ahora no consistía en impulsar los cambios sociales del año 20, sino en volver a su quicio las instituciones republicanas y poner al pie a todo intento de desmontamiento constitucional. En esa labor, como en todas las cosas del mundo, se cometieron errores derivados de la naturaleza humana, lo que no significa que, a la postre, aquel gobierno devolviera al país su tradicional solidez.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores, había un hombre respetable y singularmente espaz: don Miguel Cruchaga Tocornal. Era un

internacionalista de renombre continental y sus exposiciones respondían al más puro estilo de la vieja y pacífica diplomacia chilena.

Pase a la elevada personalidad de Cruchaga, pululaban en los pasillos de la Cancillería los eternos candidatos a cargos remunerados en dólares y, para ellos, había la necesidad imperiosa de crear vacantes por motivos fútiles y aun por trascendentales motivos. Se produjo en la Cancillería una especie de racha contra todo elemento que pudiera lesionar el statu quo y si no a Ibáñez, a determinados doctores avanzados a simplemente socialistas y comunistas.

Brincha, como ahora, el inevitable sectorismo en que incurren los medocres cuando la suspicacia y el chisme son sus únicos procedimientos para actuar.

En esos años, Pablo Neruda pertenecía al cuerpo consular de nuestro país y fue víctima de la racha inmisericorde. Yo era parlamentario y naturalmente, tenía influencia en el gobierno porque defendía, como es natural, el objetivo legalista en que éste se fundaba.

Una tarde llegó a mi casa un muchacho moreno, sencillo y directo en su trato personal. Caminaba con lenta gravedad y hablaba con un acento casi no digno. Me dio su nombre y comencé con emoción que estaba delante de uno de los grandes poetas de nuestra generación de este siglo. Conoció yo a Ne-

ruda ya que por sus primeras obras, *Los Veinte*, *Poesía de Amor y el Cos*, *La Utopía*, aquellos libros de la Utopía y el *Paradise* que fueron como una campaña extraña en la revolución literaria del tiempo.

Me contó que había sido destituido por el gobierno y me confesó que, a pesar de no pertenecer al Partido Comunista, como era la verdad en ese tiempo, sostenía ideas de tipo social que no se conjugaban con el régimen imperante.

Yo pedí para mí:

—¿Qué tiene que ver usted poeta con las ideas políticas imperantes?

Le contesté a Neruda de inmediato:

—Pablo, yo recuerdo su obra y le agradezco que tenga confianza en mí. Más tarde mismo hablaré con don Miguel Cruchaga y estoy seguro de que Ud. será reanunciado.

Don Miguel me recibió al día siguiente con su sobria hospitalidad y su singular simpática. Le expliqué el caso, le dije que se trataba de uno de los poetas más grandes del continente, le hablé de que, para Chile, constituía un honor su presencia en el extranjero. A medida que yo hablaba, cerraba los ojos y movía la cabeza en forma afirmativa. El viejo comprendió que sus subalternos habían cometido un error y en la tarde de ese día, Pablo Neruda quedó reincorporado y designado a Buenos Aires.

Creo haber puesto un grano de arena en la tranquilidad espiritual del gigantesco poeta chileno que azoraba de obtener con justicia el Premio Nobel.

Pero escribo estas líneas no por destacar mi actuación, que era justa y, por lo tanto, normal. Escribo estas líneas para traer a nuestros días un ejemplo oportuno contra el sectorismo reinante.

Quando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.

AUTORÍA

Boizard, Ricardo, 1903-1983

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile